

De lo terrenal a lo sagrado. Nati Cañada

Nati Cañada y las pinturas de los mártires mercedarios de Santa María de El Olivar

El camino de los peregrinos asciende por la escarpada ladera sur de Oliete hacia la Ermita de la Virgen del Cantal, y continúa así por los últimos campos de olivos hasta llegar al cruce de caminos donde parten los términos de este pueblo, Alcaine y Estercuel. De allí se dirige al sureste, bordea la finca forestal de la Codoñera y, en el trazado tradicional, desciende al Barranco del Agua y asciende hasta el otro lado, donde ahora se encuentra la Cruz de los mártires. Desde allí hasta la entrada del Monasterio de El Olivar hay un suave paseo, que muchos peregrinos hacían ya cantando y rezando tras cuatro horas de caminata, para llegar emocionados a los pies de su querida Virgencica del Olivar. Éste es el camino que une Oliete, tierra natal de los Cañada, y el Monasterio de El Olivar. Camino de comunicación entre pueblos, pero sobre camino de peregrinación y unión espiritual, como sucede a lo largo de toda la geografía de esta tierra, plagada de santuarios y ermitas que dan sentido y orientación mística a los territorios. En el caso del Monasterio de Santa María de El Olivar se suma la actividad de predicación de la redención y culto mariano de su comunidad de religiosos mercedarios durante siete siglos y medio, y el valor artístico del pequeño cenobio, engrandecido durante los generalatos de Fr. Jaime Llorens de la Mata (templo gótico aragonés, siglo XVI) y Fr. Juan Cebrián (Convento barroco, s. XVII). De él nos ha llegado la arquitectura casi del todo desnuda después de los deterioros causados por la guerra de Independencia, los años de desamortización y el saqueo de la Guerra Civil.

Esta conexión básica y primigenia con el Convento y Santuario, herido por estos acontecimientos pero rebosante de vocaciones entusiastas y religiosos austeros, recibió a Nati Cañada y le ha acompañado durante su vida como artista. La actual restauración deja lejos los rincones oscuros y los suelos decrepitos, pero mantiene la sencillez de sus líneas góticas y barrocas, escenario de rezos, celebraciones eucarísticas y alegres convivios en las choperas regados con el clarete que envejecía en sus bodegas.

A esta presencia básica de resonancias espirituales se suma una relación humana muy particular, la que estableció con los Cañada el religioso mercedario fray Tomás Tomás Tomás (sí, idénticos nombre y dos apellidos). Fray Tomás (1922-2016), nacido en Muniesa, muy cerca de Oliete, vivió la guerra como pastorcillo en su pueblo, y sólo después de ella pudo desarrollar su inclinación al sacerdocio, ingresando en este Monasterio del Olivar en 1940. Llevó consigo sus experiencias con el ganado, su amor a la tierra y profundas relaciones familiares. Dos de ellas, con los jóvenes Nati Cañada y José Luis Monaj, posteriormente novios, cuya boda él mismo presidió. De aquí nació una relación que se mantuvo a lo largo de toda su vida.

Fr. Tomás, estudiante aplicado y tremendamente apasionado, había recibido el encargo en 1955 de recabar los testimonios sobre el martirio de los 19 frailes mercedarios de la Provincia de Aragón que fallecieron durante la guerra civil. Tarea delicada, que consistía en encontrar testimonios oculares que pudiesen documentar con veracidad los pasos de los religiosos desde la salida de sus conventos hasta el martirio, con especial énfasis en las palabras y actitudes con las que vivieron la persecución religiosa. Esta tarea le llevó a recorrer los pueblos donde se escondieron y donde murieron, levantando actas y tomando declaraciones que él sumaba a la causa diocesana como responsable directo o “vice postulador”. De este tiempo es una primera obra escrita sobre los mártires, de los que él se declaraba admirador y que con frecuencia proponía como modelo a imitar. Algunos años más tarde, fr. Tomás es nombrado comendador del Convento del Olivar, que era entonces una casa de formación que subsistía con el trabajo de sus religiosos con los animales de las granjas y las labores de los campos. Más de una vez fray Tomás retomó el hato y el cayado para suplir a los pastores, cuidando del rebaño de ovejas con la dedicación que se aprende en la infancia y ya no se olvida.

A este destino en Convento de fray Tomás debemos la obra pictórica de Nati Cañada que hoy forma parte de la identidad del cenobio. En 1974 Fray Tomás le pidió a su amiga Nati Cañada que hiciera los retratos de los mártires de la Merced que esperaban ver algún día en los altares. Y de aquí nacieron los cuadros de la primera colección del Convento del Olivar. Tal como cuenta Nati Cañada, la tarea iniciaba recogiendo las pocas y diminutas fotografías que se conservaron de ellos, pero sobre todo estudiando detalladamente su vida, su carácter, sus obras y sus actitudes vitales. Sólo cuando sentía que conocía bien la persona, iniciaba el retrato, empleando para ello alguna persona con cierto parecido para que posara, vestido con uno de los hábitos que le prestaron los frailes. Así fueron naciendo esta colección de retratos con varias particularidades.

La primera es que uno de ellos no es de Nati Cañada. En efecto, al saber del encargo, Alejandro Cañada, padre y primer maestro de la pintora, asumió el cuadro de Fray José Trallero que era de Oliete y él había conocido en su infancia en el pueblo. Se puede ver en él una técnica diversa de la su hija, con un minucioso manejo del pincel sobre el hábito y en el rostro, desvelando a este hermano sencillo y recio que murió en el camino a Oliete cuando sus captores los fusilaron junto a Jaime Codina, en el lugar donde hoy se alza la Cruz de los mártires.



Alejandro Cañada. *Fray José Trallero*. Óleo sobre tabla.

La segunda particularidad es la afortunada extensión temporal de la colección. En 1974 los recursos escaseaban, así que a pesar de la generosa disposición de Nati, sólo se encargaron los primeros nueve cuadros de mártires, junto con alguno más que ahora mencionaremos.

Veinte años después el fraile y la pintora, con una nueva comunidad en un Monasterio que empezaba a restaurarse, emprendieron la tarea. Los mismos frailes mercedarios a retratar, el mismo empeño, pero con una autora que había alcanzado una cota insospechada de maestría y equilibrio. El contraste entre el último cuadro de la primera etapa y el que abre la segunda, refleja una evolución técnica y espiritual cuya amplitud y densidad es objeto de esta exposición “De lo terrenal a lo sagrado”.

Y de nuevo, felizmente, se detiene la colaboración tras seis geniales retratos. Los tiempos no estaban maduros, como lo estuvieron en una tercera parte de la serie que de nuevo presenta, sobre el mismo tema una nueva evolución de Nati Cañada, ahora en la etapa más mística y desmaterializada. Los fondos de las casas humildes de adobe o de azulete de nuestra tierra pasan por encima del personaje que se presenta a través del tiempo ante el espectador, convertido en parte de una única historia por el diálogo que se crea.

Estos últimos retratos alcanzan una solemnidad y belleza sobrecogedoras. Difícilmente se pueden olvidar sus miradas y sus gestos, completando una marcha conjunta que forma “la galería de los mártires”, originariamente en el Ala sur del Claustro alto, donde se ubican las dependencias de la Hospedería monástica.

Vista en su conjunto, la colección de los mártires tiene otra particularidad: Nati no retrata en ningún caso las circunstancias del martirio, ni tampoco se entretiene en obras destacadas de los religiosos. Muestra, desde los primeros cuadros, que ella se siente llamada a presentar personas para que las contemplemos como tales, con su experiencia y su forma de ser. Ese es el objetivo, y ese es el resultado.

Finalmente, hemos de decir que esta primera colección de retratos mercedarios de mediano formato se compone de algunos más. Ante todo, el doble retrato, al inicio de la serie y al final, de fray Tomás Tomás Tomás, que muestra el paso del tiempo de la pintora y del amigo. Tenemos también los retratos de la primera época y uno de la segunda que veremos después reproducidos en la colección de la Sala Capitular del Monasterio, en un formato mucho mayor y más solemne.

Mucha gente recordará especialmente esta colección que forma un conjunto con la Entrega del Santuario del Olivar a los mercedarios por Don Gil de Atrosillo y su esposa, que es a su vez un autorretrato de la familia. O

la apoteosis de la Orden de la Merced, el último cuadro de Nati Cañada en el Monasterio por ahora (2018). Pero la magia de la historia que encierran los protagonistas y los artífices, y la evolución de la autora de lo terrenal a lo sagrado, dan a la colección de los mártires mercedarios de Santa María de El Olivar un puesto privilegiado en la obra de la autora.

Fr. Fernando Ruiz Valero

Fraile del Monasterio de El Olivar, 2022.

El p. Mariano Alcalá, once sacerdotes y siete hermanos cooperadores, todos ellos, religiosos mercedarios sufrieron martirio por su condición de sacerdotes y religiosos en la persecución religiosa de 1936-39 en España, en los meses de julio, agosto, septiembre y noviembre de 1936 siendo los lugares de martirio las poblaciones de Andorra, Muniesa, Híjar, Estercuel en la provincia de Teruel, Binéfar (Huesca), Lleida, Barcelona, Matamargó (Lleida) y Lorca (Murcia). Murieron rezando y perdonando a los que los mataban. El Papa Benedicto XVI el 19 de diciembre de 2011 autorizó la promulgación del decreto “super martyrio”. La beatificación fue el día 13 de octubre de 2013 en Tarragona (España). Los nombres de los diecinueve mártires son los siguientes:

P. Mariano Alcalá Pérez
P. Tomás Carbonell Miquel
P. Francisco Gargallo Gascón
P. Manuel Sancho Aguilar
P. Mariano Pina Turón
Fr. Pedro Armengol Esteban Hernández
Fr. Antonio Lahoz Gan
Fr. José Trallero Lou
Fr. Jaume Codina Caselles
P. Josep Reñé Prenafeta
Fr. Antonio González Penín
P. Tomás Campo Marín
P. Francesc Llagostera Bonet
Fr. Serapio Sanz Iranzo
P. Enrique Morante Chic
P. Jesús Eduardo Massanet Flaquer
P. Amancio Marín Mínguez
P. Lorenzo Moreno Nicolás
Fr. Francesc Mitjà Mitjà